

ALGUNOS ASPECTOS DE LA «RECONCILIATIO» DE LOS PENITENTES EN LA LITURGIA HISPÁNICA

DOMINGO RAMOS-LISSÓN

La liturgia hispánica representa un copioso venero de doctrina para la investigación teológica. No vamos aquí a tratar de justificar la categoría de lugar teológico que posee dicha Liturgia, por ser una temática pacíficamente poseída en el ámbito de los estudiosos de la Teología.

Nuestro estudio se polariza en torno al sacramento de la penitencia en la liturgia hispánica, que —como es sabido— ha merecido una atención creciente de los especialistas durante las últimas décadas¹. Ahora bien, no entraremos, de intento, en la debatida cuestión, sobre todo en tiempos pasados, acerca de la distinción entre penitencia pública y privada. Simplemente trataremos de reflejar el tipo de penitencia que se desprende de los libros litúrgicos hispánicos y de los Padres de la Iglesia de la Península Ibérica, llámese a

1. B. POSCHMANN, *Die Abendländische Kirchenbusse im Aufgang des christlichen Altertums* (München 1928), pp. 278-299; E. GÖLLER, *Das spanischswesgothische Busswesen von 6. bis 8. Jahrhundert*, en RQ 37 (1929), pp. 225-239; J. JUNGSMANN, *Die lateinischen Bussriten in ihrer geschichtlichen Entwicklung* (Innsbruck 1932), pp. 129-141; S. GONZÁLEZ, *Tres maneras de penitencia. La disciplina penitencial de la Iglesia española desde el siglo V al siglo VIII*, en RET 1 (1940-41), pp. 985-1019; *Id.*, *El sacramento de la penitencia en la Iglesia española romano-visigoda*, en EE 17 (1943), pp. 213-226; J. M. GARCÍA PITARCH, *Doctrina y práctica penitencial en la Liturgia visigoda*, en RET 6 (1946), pp. 223-247; S. GONZÁLEZ, *La penitencia en la primitiva Iglesia española* (Salamanca 1949); J. FERNÁNDEZ ALONSO, *La disciplina penitencial en la España romano-visigoda desde el punto de vista pastoral*, en HispSac 4 (1951), pp. 243-311; *Id.*, *La cura pastoral en la España romano-visigoda* (Roma 1955); G. MARTÍNEZ Díez, *Algunos aspectos de la penitencia en la Iglesia visigoda-mozárabe*, en MCom 49-50 (1968), pp. 5-19; F. LOZANO SEBASTIÁN, *La disciplina penitencial en tiempos de San Isidoro de Sevilla*, en RET 32 (1974), pp. 161-213; *Id.*, *La legislación canónica sobre la penitencia en la España romana y visigoda (s. IV-VII)*, en Burg 19 (1978), pp. 408-422; D. BOROBIO, *La penitencia en la Iglesia Hispánica del siglo IV al VII* (Bilbao 1978).

la tal penitencia, canónica, *legitima paenitentia*, *publica paenitentia*, o penitencia eclesiástica².

Nuestro trabajo se va a centrar en un punto concreto de la liturgia penitencial: el acto mismo de la *reconciliatio* de los penitentes, tal y como nos la ofrece la praxis penitencial de una época que va desde los orígenes cristianos de la Península Ibérica hasta el siglo VII inclusive.

Accederemos a este estudio partiendo de la base lingüística que nos ofrece el vocablo *reconciliatio*, para examinar después el rito de la reconciliación, en sí mismo, y, por último, hacer una síntesis valorativa desde una perspectiva eclesiológica.

I. TERMINOLOGÍA

Los términos *reconciliare* y *reconciliatio* utilizados en el latín cristiano corresponden a los vocablos griegos (ἀπο) καταλλάσσειν, καταλλαγή, que Pablo emplea en algunos pasajes para significar el hecho salvífico de la muerte de Cristo como una acción para reconciliar al hombre con Dios³. Así aparece ya en las antiguas versiones latinas de la Biblia con la utilización de la palabra *reconciliare* en Rom 5, 10⁴. La predicación paulina hace uso también de este término con un sentido exhortativo⁵.

Los Padres latinos que iniciaron la formulación de la doctrina cristiana en lengua latina, son también dignos de atención para el objeto que nos ocupa. Singularmente expresivo al respecto es Tertuliano, que nos reproduce —traducidos al latín— algunos pasajes paulinos en su tratado *Adversus Marcionem*, en los que se habla de reconciliación⁶. Tertuliano nos ofrecerá el sintagma *reconciliem Deum* con un

2. Esta es la opinión de G. MARTÍNEZ DÍEZ, *o.c.*, pp. 49-50.

3. Así nos lo atestigua F. BUECHSEL, s. v. καταλλάσσω en GLNT, I, 683-695; C. SPICQ, *Notes de Lexicographie Néo-testamentaire*, I, 410-411.

4. «Si enim cum inimici essemus reconciliati sumus Deo per mortem Filii eius, multo magis reconciliati salvi erimus in vita ipsius». El texto de la Vg. coincide con el de la Vetus Latina (cfr. *Biblia Vulgata*, ed. B. Fischer-J. Gribomont-H. F. D. Sparks-W. Thiele-R. Weber, II (Stuttgart 1975), p. 1755. Para la *Vetus Latina*, ed. Sabatier, III, 610). En este mismo sentido lo emplea el Apóstol en 2 Cor 5,18; Ef 2,16; Col 1,20,22.

5. 2 Cor 5,20: «Obsecramus pro Christo reconciliamini Deo» (cfr. Vg., Fischer, p. 1794; *Vetus Latina*, Sabatier III, 740).

6. *Adv. Marcionem*, 17,15; CChr. SL I, 715; 19, 5-6; CChr. SL I, 721-722. Sobre Col 1,19 Tertuliano expresa en su comentario la doctrina tradicional de la Iglesia (cfr. R. BRAUN, *Deus christianorum* (Paris 1977), p. 517).

sentido penitencial, cuando dice que las prácticas penitenciales pueden reconciliarnos con Dios⁷. Igualmente este autor usará dicho verbo en voz pasiva para señalar que el pecador puede todavía *reconciliari*⁸.

Por lo que se refiere al sustantivo *reconciliatio* el escritor cartaginés no cita ningún lugar de la Escritura que contenga dicho término⁹; aunque sí utiliza esa palabra en el mismo sentido, que hemos visto antes, de hacer la reconciliación con Dios¹⁰.

En resumen, podemos afirmar que con Tertuliano se introducen *reconciliare* y *reconciliatio* en el ámbito más estricto de la vida penitencial, aunque ello no excluya otros usos¹¹.

Cipriano de Cartago tiene interés para nosotros no sólo por sus aportaciones al latín cristiano, sino también por su relación con las comunidades cristianas de Hispania, como veremos más adelante. El gran obispo de Cartago pone de relieve en sus escritos una terminología en la que destaca, desde el punto de vista penitencial, la reconciliación con la Iglesia. Destaca en su vocabulario el *ius communionis* que reinserta al pecador con la Iglesia¹², con expresiones tales como *ad communionem admittuntur*¹³, o, *ad communionem uenire*¹⁴. Señala también que la reconciliación se hace por medio de los sacerdotes¹⁵, pues ellos son los que pueden dar la paz (*pacem posse concedi*)¹⁶.

Como decíamos, Cipriano tuvo una relación importante con las comunidades cristianas de Asturica Augusta y Emerita Augusta en

7. *De paenitentia*, 11,3; CChr. SL I, 338: «Itaque nunc pendeo et maceror et ex crucior, ut deum reconciliem mihi quem delinquendo laesi!».

8. *Ibid.*, 7,14; CChr. SL I, 334: «Offendisti sed reconciliari adhuc potes: habes cui satisfacias et quidem uolentem!». Cfr. *De ieiunio*, 7, 1; CChr. SL II, 1263; *De resurrectione mortuorum*, 58-5; CChr. SL II, 1006.

9. R. BRAUN, *o.c.*, p. 517.

10. *De spectaculis*, 29,1; CChr. SL I, 251: «Quid enim iucundius quam Dei patris et Domini reconciliatio?». Cfr. *De pudicitia*, 8,4; CChr. SL II, 1295.

11. Como por ejemplo *De pudicitia* 16,17; CChr. SL II, 1314, donde aparece *reconciliatio pacis*, a propósito de un marido adúltero.

12. CIPRIANO, *Ep.*, 16, II, 3; Bayard I, p. 47.

13. *Ibid.*

14. CIPRIANO, *Ep.*, 17, II, 1; Bayard I, p. 49.

15. CIPRIANO, *De lapsis*, 29; CChr. SL III, 237: «remissio facta per sacerdotes». Aquí según algunos autores *sacerdos* se utiliza para designar al obispo (cfr. C.B. DALY, *Absolution and Satisfaction in St. Cyprian's Theology of Penance*, en *StPatr* II, p. 204, n. 3. Aunque también cabría pensar que la expresión abarca a los presbíteros, e incluso que se pudieran contar entre ellos a los diáconos, por cuanto éstos podrían, según Cipriano, imponer las manos a los *lapsi*, *ad paenitentiam* (cfr. *Ep.* 18,1; Bayard I, p. 51).

16. CIPRIANO, *Ep.*, 45, XXIX, 1; Bayard II, p. 151. En sentido análogo nos ofrece la expresión: *remissionem peccatorum dare* (*De lapsis*, 18; CChr. SL III, 231).

Hispania, en razón de las apostasías de sus obispos Basíldes y Marcial, lo que motivó una correspondencia epistolar entre esas comunidades y el obispo de Cartago, a las que responde con su Epístola 67¹⁷, y en la que declara que tales apóstatas *ad paenitentiam quidem agendum posse admitti*¹⁸.

Con posterioridad, el Concilio de Ilíberis¹⁹ presenta una terminología más precisa sobre el tema que nos ocupa. Considera el concilio iliberritano la posibilidad —en casos de pecadores que hayan cometido faltas más leves— de ser reconciliados sin necesidad de penitencia (*sine paenitentia reconciliari*)²⁰; y, naturalmente, contempla también el supuesto de ser reconciliados por la realización de la penitencia (*acta legitima paenitentia placuit eam communione reconciliari*)²¹.

El Concilio I de Toledo²² utiliza igualmente el verbo *reconciliare* con referencia expresa a la recepción de la penitencia²³.

Paciano de Barcelona nos ofrece la expresión *ueniam uerae paenitentiae* para indicar el hecho del perdón otorgado por vía penitencial²⁴. Recuerda que los *lapsi* son recibidos (*receptis*) en la Iglesia como los *paenitentes*²⁵. En este autor encontramos también el sintagma *dare pacem* con el significado de reconciliar²⁶. Con esa misma significación se puede anotar igualmente *exomologesis administrandae*²⁷.

17. CIPRIANO, *Ep.*, 67; Bayard II, pp. 227-234. Sobre las relaciones entre la Iglesia hispánica y la de Cartago ver: M. C. DÍAZ Y DÍAZ, *En torno a los orígenes del cristianismo hispánico*, en *Las raíces de España* (Madrid 1967), pp. 423-443; M. SOTOMAYOR, *La Iglesia en la España romana*, en *Historia de la Iglesia en España*, dirigida por R. García Villoslada, I (Madrid 1979), pp. 11-14; 39-49; 124-128; D. RAMOS-LISSÓN, *Estudio sobre el canon V del I Concilio de Caesaraugusta (380)*, en *I Concilio cesaraugustano. MDC Aniversario* (Zaragoza 1981), pp. 211-212.

18. CIPRIANO, *Ep.*, 67, VI, 3; Bayard II, p. 232.

19. Cfr. J. ORLANDIS-D. RAMOS-LISSÓN, *Die Synoden auf der Iberischen Halbinsel bis zum Einbruch des Islam (711)* (Paderborn München - Wien - Zürich 1981), pp. 3-30.

20. *Concilio de Ilíberis*, can. 13; Vives, p. 4. Un caso muy similar al del can. 79 de este mismo Concilio en donde se nos habla de *communione reconciliari*.

21. *Ibid.*, can. 72; Vives, p. 14. En este mismo canon se usa como sinónimo de *reconciliari* al verbo *dari* (cfr. también can. 17; Vives, p. 5). Otras formas expresivas de la misma idea son: *accipere communionem* (can. 1; 2; 5; 13; 18; 55; 65; 76; Vives pp. 2-15), *recipere communionem*, (can. 53; Vives, p. 11); *sociari communionem* (can. 78; Vives, p. 15).

22. Cfr. J. ORLANDIS - D. RAMOS-LISSÓN, *o.c.*, pp. 39-51.

23. *Concilio I de Toledo*, can. 2; Vives, p. 20. Cfr. *ibid.*, can. 4; Vives, p. 21. En este Concilio se utilizan otras fórmulas semejantes, como: *per paenitentiam reuertatur* (can. 17; Vives, p. 24); *accipiat comunione* (can. 19; Vives, p. 24).

24. PACIANO, *Ep.*, 1, VII, 5; Rubio, p. 62; *Ep.*, 3, VII, 4; Rubio, p. 94.

25. *Id.*, *Ep.*, 3 III, 4; Rubio, p. 84.

26. *Ibid.*, V, 6; Rubio, p. 90.

27. PACIANO, *Paraenesis*, II, 4; Rubio, p. 138.

Pero si nos adentramos en los libros litúrgicos hispanos veremos que los términos usados nos dan una terminología perfectamente decantada y asentada. En el *Liber Ordinum*²⁸ se aprecia ya un empleo muy perfilado del verbo *reconciliare* en el mismo título de la rúbrica que versa sobre la reconciliación de los penitentes: *Ordo ad reconciliandum penitentem*²⁹. Si hacemos un recorrido por las oraciones que componen el citado *Ordo* anotaremos una serie de expresiones que nos hablan de la reconciliación del penitente con Dios y con la Iglesia³⁰. Por lo que se refiere al sustantivo *reconciliatio* observamos que, en algún caso, va unido al término *absolutio*, dándonos entonces la significación del efecto último de la reconciliación: *reconciliationis absolute mundatus accedere mereatur ad celestis premium sempiternum*³¹. También hemos hallado la forma *sacramentum reconciliationis*³². Dentro de un contexto más amplio, que supera el estrictamente penitencial, conviene dejar constancia igualmente del empleo de la palabra *reconciliatio* en el sentido de manifestar la Redención del Señor, que se actualiza en la colación del bautismo, según nos testimonia el *Liber Mozarabicus Sacramentorum*³³.

Isidoro de Sevilla nos ha transmitido una definición, un tanto descriptiva, del vocablo, *reconciliatio* aplicado al sacramento de la penitencia: «Es lo que tiene lugar después que se ha cumplido el tiempo de la penitencia; pues así como somos reconciliados por Dios cuando nos convertimos por vez primera del paganismo, de igual manera somos reconciliados por Dios cuando volvemos por la penitencia después de haber pecado»³⁴.

Aunque de fecha más tardía —hacia mediados del siglo IX— se

28. *Liber Ordinum*, ed. Férotin (Paris 1904). En adelante citaremos esta obra con la abreviatura LO.

29. LO 96. Cfr. también LO 99-100.

30. Esto se percibe especialmente por los términos en los que se expresa la oración *Alia singularis*: «Adiuuate me in orationibus uestris, fratres karissimi, pro famulo suo *Illo*, quem hodierna die Dominus Ihesus Christus in gremio sancte Ecclesie sue reconciliare dignatus est» (LO 100).

31. LO 99.

32. LO 104.

33. *Le Liber Mozarabicus Sacramentorum et les manuscrits mozarabes*, ed. Férotin (Paris 1912), n. 266.

34. ISIDORO, *Etym.*, VI, 19, 74; Lindsay I: «Reconciliatio vero est, quae post complementum poenitentiae adhibetur. Nam sicut conciliamur Deo, quando primum a gentilitate convertimur, ita reconciliamur, quando post peccatum poenitendo regredimur». En la reciente edición de las *Etimologías* preparada por Oroz y Marcos, I (Madrid 1982), BAC, 433, p. 621 traducen *complementum* por «complemento». Pensamos que esa traducción es excesivamente literal y que responde mejor al pensamiento del autor la que ofrecemos nosotros (cfr. A. BLAISE, *Dictionnaire latin-français des auteurs chrétiens* (Turnhout 1954), s. v. p. 182).

ha publicado un tratado visigótico sobre la penitencia intitulado, *Caput de poenitentiae agenda ratione ex codice legum Patrum*³⁵. En este tratado se habla en diversos lugares de *reconciliatio*. Así la encontramos referida a la nueva inserción en la comunión de la Iglesia que se alcanza con la penitencia (*communione reconciliatorem in peccatorum deletionem impertiri*)³⁶. Y de modo más reiterado la hemos hallado en conexión con la recepción de la Eucaristía, llamándola en este caso, *perfecta reconciliatio*³⁷.

II. LA PRAXIS SACRAMENTAL DE LA RECONCILIACIÓN

1. El ministro propio de la reconciliación era el obispo³⁸, aunque también podían serlo los presbíteros³⁹, cuando las necesidades pastorales así lo demandaran. Las fuentes litúrgicas suelen usar el término *sacerdos*, que tiene una significación comprensiva del obispo y del presbítero⁴⁰. De todas maneras conviene señalar con claridad que es el obispo, por derecho propio, quien debe realizar el rito de la reconciliación, y que el presbítero no podía reconciliar públicamente en presencia del obispo, *sine praecepto episcopi*⁴¹.

2. Por lo que respecta a los llamados penitentes es preciso señalar con nitidez quiénes eran los que con toda propiedad recibían

35. G. MARTÍNEZ DÍEZ, *Un tratado visigótico sobre la penitencia*, en *HispSac* 19 (1966), pp. 89-98. No obstante su fecha tardía, presenta, sin embargo, la peculiaridad de ofrecernos la práctica de la penitencia, tal y como se vivió en la época visigótica, amén de darnos un buen repertorio de cánones antiguos que fundamentan la práctica de dicha penitencia eclesiástica.

36. *Ibid.*, p. 92.

37. *Ibid.*, p. 93. Es más, parece que se hace equivalente *reconciliatio* a comunión eucarística, puesto que un poco más adelante nos encontramos con el siguiente texto: «Cum illa statim reconciliatione donetur, id est, Christi carnem edat et sanguinem bibat» (*Caput*, p. 95).

38. Así aparece ya en el Concilio de Ilíberis en donde se establece que sea el obispo que excomulgó el mismo que le otorgue la reconciliación (can. 53; Vives, p. 11). Sobre la evolución posterior de este canon iliberritano ver: D. RAMOS-LISSÓN, *Estudio sobre el canon V del I Concilio de Caesaraugusta*, pp. 221-224; *Id.*, «*Communio*» y *recepción de cánones conciliares de los sínodos hispánicos en los siglos IV y V*, en *AHC* 12 (1980), pp. 28 y 31-35. Este modo de proceder es atestiguado también por PACIANO, *Ep.* 1, I, 6; Rubio, p. 61; *Ep.* 3, V y VII; Rubio, pp. 90 y 92; *Concilio I de Zaragoza*, can. 5; Vives, p. 17.

39. Así lo afirma el Concilio III de Toledo, can. 11-12; Vives, pp. 128-129. Cfr. B. POSCH MANN, *o.c.*, p. 161.

40. Cfr. LO 87; 92; 96. Algo similar podemos decir de la Liturgia romana coetánea (*Sacramentarium Gelasianum*, 355; Mohlberg (Roma 1960), p. 57).

41. *Concilio II de Sevilla*, can. 7; Vives, pp. 167-168. Sobre el Concilio II de Sevilla ver: J. ORLANDIS-D. RAMOS-LISSÓN, *o.c.*, pp. 137-143.

este nombre, para distinguirlos de otros grupos de personas que se les asimilaban. *Paenitentes* son aquellos cristianos que después del bautismo hubieran cometido una falta grave⁴², y hubieran hecho pública penitencia⁴³. Formaban parte del *ordo paenitentium* y su adscripción al citado *ordo* comportaba una serie de actos penitenciales⁴⁴, que debían finalizar en el momento de la reconciliación⁴⁵. A este respecto resulta oportuno hacer notar el hecho de la no reiterabilidad de la penitencia pública en la liturgia hispánica⁴⁶.

A la hora de llevar a cabo la *reconciliatio* observamos que se da un distinto tratamiento litúrgico según el tipo de penitente que haya solicitado la penitencia. Así por lo que se refiere a los clérigos y monjes no encontramos en nuestros libros litúrgicos ninguna referencia expresa sobre el modo de reconciliarlos. Parece que la praxis de la Iglesia era que los clérigos no se sometieran ordinariamente a la penitencia pública formando parte del *ordo paenitentium*⁴⁷. Algo si-

42. Cfr. J. FERNÁNDEZ ALONSO, *La cura pastoral en la España romano-visigoda*, pp. 513-517.

43. *Concilio I de Toledo*, can. 2; Vives, p. 20.

44. No entramos, de propósito, en la descripción y estudio de todos los actos penitenciales que aparecen descritos en las normas conciliares y en algunos autores eclesiásticos de esta época. Se puede consultar a este respecto: S. GONZÁLEZ, *La penitencia en la primitiva Iglesia española*, pp. 93-109; J. FERNÁNDEZ ALONSO, *o.c.*, pp. 521-535.

45. Acerca de la duración o del tiempo dedicado a la satisfacción penitencial ver: J. FERNÁNDEZ ALONSO, *o.c.*, pp. 527-531.

46. La no iteración de la penitencia pública fue una norma general de la Iglesia Antigua (cfr. F. BOURQUE, *Histoire de la Pénitence-sacrement* (Québec 1947), pp. 63-154). La Liturgia hispánica lo único que hace en este punto es testimoniar dicha práctica. Es más, en el *Concilio III de Toledo* se aprecia una reacción muy dura frente a la reiteración de la penitencia, calificando tal hecho como *execrabilis praesumptio* y ratificando que se siga haciendo la penitencia *secundum formam canonicam antiquorum* (can. 11; Vives, p. 128). La misma disciplina se afirmó antes en el *Concilio de Lérida* (can. 5; Vives, p. 57). Según la opinión de Martínez Díez la no reiterabilidad de la penitencia se conservará en la Iglesia hispánica hasta los últimos años del siglo IX (cfr. G. MARTÍNEZ DÍEZ, *Algunos aspectos de la penitencia en la Iglesia visigodomozarabe*, pp. 14-19).

El hecho denunciado por el *Concilio III de Toledo* sobre la iterabilidad de la penitencia, pone, sin embargo, al descubierto el posible influjo de la disciplina penitencial de la Iglesia irlandesa, que reiteraba la administración de este sacramento, y que los bretones llegados a las costas gallegas del reino suevo en el siglo VI trajeron consigo (cfr. G. MARTÍNEZ DÍEZ, *o.c.*, p. 14).

47. En este sentido hay que situar las palabras del Papa Siricio: «paenitentiam agere cuiquam non conceditur clericorum» (*Ep. ad Himerium*, 14; PL 13, 1145). Así como la doctrina sentada por S. León Magno en su carta a Rústico de Narbona, en la que afirma que los clérigos no deben someterse a la penitencia pública, porque esto sería una costumbre extraña a la Iglesia, y que sólo se les debía imponer una *privata successio* (cfr. LEÓN MAGNO, *Ep.*, 167, 2; PL 54, 1204). De todas formas no hay que perder de vista que, en algunos casos, los concilios hispánicos hablan de penitencia pública aplicada a los clérigos (*Concilio de Ilíberis*, can. 76; Vives, p. 15; *Concilio II de Braga*, can. 57; Vives, p. 100). Sobre la penitencia de los clérigos en este período se puede consultar: J. M. DOS SANTOS FERREIRA, *O regime peculiar da Penitência dos Clérigos no Ocidente nos séculos IV-VI*, en *Itinerarium* 21 (1975), pp. 129-155.

milar debió ocurrir con la penitencia de los monjes, aunque con las características propias de la vida comunitaria que practicaban ⁴⁸. También se pueden alinear en un régimen parecido a los *conuersi*, que son personas arrepentidas de sus pecados que llevaban una vida de mayor perfección. Podían adscribirse a un monasterio o continuar con sus ocupaciones seculares ⁴⁹.

La situación que pudiéramos llamar «normal» de los cristianos que debían hacer penitencia pública llevaba consigo la excomunión o separación de la Iglesia, que también se podía imponer por separado, como castigo independiente ⁵⁰. Recibían una amonestación o corrección previa, que aparece ya testimoniada por el Concilio de Ilíberis ⁵¹, y que debía hacer el obispo ⁵². Es como si dijéramos, la primera manifestación de la Iglesia ante el pecador, y, por tanto, anterior a imponer una penitencia o un castigo. De todas formas conviene hacer notar que los simplemente *correpti*, que daban pruebas suficientes de haber enmendado su vida, no estaban sometidos a la penitencia eclesiástica ⁵³.

Caso aparte era el de los moribundos, para los cuales el Concilio XI de Toledo declara que si hay peligro de muerte se les dé inmediatamente la reconciliación ⁵⁴. Se trata, pues, de enfermos graves a los que se imparte la *benedictio paenitentiae* ⁵⁵, como una forma especial de reconciliación.

48. Cfr. ISIDORO, *Regula monachorum*, 14-18; Campos, pp. 113-117; FRUCTUOSO, *Regula monachorum*, 12-13; Campos, pp. 151-152.

49. Cfr. ISIDORO, *In Sent.*, II, 7; Campos, pp. 315-318; B. POSCHMANN, *o.c.*, p. 281; FRUCTUOSO, *Regula monachorum*, 20-22; Campos, pp. 159-162. El *Liber Ordinum* nos transmite un *ordo conuersorum conuersarumque*, que señala el rito a seguir para ingresar en el grupo de los *conuersi* (LO 82-85).

50. Cfr. J. FERNÁNDEZ ALONSO, *o.c.*, p. 567. Como afirma este autor, esa excomunión penitencial conserva este carácter en los cánones anteriores al siglo VII (J. FERNÁNDEZ ALONSO, *o.c.*, p. 569). Borobio, por su parte, sostiene que esto no se puede afirmar categóricamente (D. BOROBIO, *o.c.*, p. 135, n. 12).

51. *Concilio de Ilíberis*, can. 20; Vives, p. 5. Algunos autores, como Galtier, consideran esta *correptio* como un indicio de la penitencia privada (cfr. P. GALTIER, *La rémission des péchés aux premiers siècles* (Paris 1932), pp. 295-302).

52. Cfr. *Concilio de Narbona*, can. 6; Vives, pp. 146-147; *Concilio XII de Toledo*, can. 8; Vives, p. 395.

53. Cfr. B. POSCHMANN, *o.c.*, p. 149.

54. *Concilio XI de Toledo*, can. 12; Vives, pp. 364-365. Naturalmente esta reconciliación ha de ser pedida expresamente, con signos notorios, por el penitente; en caso contrario, si el obispo procediera a la reconciliación incurriría en excomunión (*Concilio XII de Toledo*, can. 2; Vives, p. 389).

Por lo que se refiere a los aspectos canónicos de la legislación eclesiástica, y de modo particular acerca de la reconciliación *in extremis* se puede consultar: F. J. LOZANO SEBASTIÁN, *La legislación canónica sobre la penitencia en la España romana y visigoda* (s. IV-VII), pp. 408-422. También es muy interesante el tratamiento de este tema en el *Caput de paenitentiae agenda*, pp. 91-98.

55. Esta expresión se utiliza ya en el *Concilio de Girona* como equivalente a

Existía también otra categoría de penitentes que lo eran *ex devotione*, es decir, se trataba de cristianos que, sin haber cometido pecados mortales, se sometían a la penitencia pública, por simple devoción⁵⁶. Parece que la petición de penitencia por esas personas acentúa más los aspectos litúrgicos y ascéticos, que los más propiamente judiciales de la penitencia⁵⁷.

También querríamos llamar la atención sobre un hecho que, aun saliendo de los límites que nos hemos impuesto en esta comunicación, ha despertado nuestro interés. Se trata de la reconciliación de aquellas personas que provienen del campo de la herejía, del cisma o del judaísmo. En el *Liber Ordinum* después de las fórmulas para la reconciliación de los penitentes se colocan las de aquellos que provienen del arrianismo, la herejía, el donatismo y el judaísmo⁵⁸. Entendemos perfectamente que se trata de casos distintos del de la penitencia, pero pensamos que, tal vez, los redactores del *Liber* no las pusieron allí por simple capricho, sino que se podría pensar en un cierto criterio de analogía, aunque en el caso del judío la analogía tendría más razón de ser con el bautismo que con la penitencia⁵⁹.

3. La ceremonia de la *reconciliatio* tenía lugar en cualquier época del año, al cumplirse el plazo de la penitencia impuesta o al juzgar el obispo o el sacerdote que se había verificado cumplidamente el arrepentimiento de las faltas⁶⁰.

viaticum (can. 9; Vives, p. 41). En la legislación conciliar hispano-visigótica se hallan otras expresiones similares (cfr. *Concilio I de Barcelona*, can. 9; Vives, p. 55; *Concilio II de Braga*, can. 82; Vives, p. 105; *Concilio XII de Toledo*, can. 2; Vives, p. 388; E. GÖLLER *o.c.*, pp. 247-249).

56. Un primer testimonio de este tipo de penitentes nos lo ofrece PACIANO, *Paraenesis*, XI; Rubio, p. 154. Corroboración esta praxis el epitafio de Mérida (a. 578), que reproduce Férotin: SATVRNIVS PENITENS / FAMVLVS DEI QVI IN HOC / SECVLO MVNDAM TRAN/SEGIT VITAM: VIXIT ANN. / PLVS MINVS LXVIII, ACCEP/TA POENITENTIA REQVI / EVIT IN PACE SVB XVII / KAL. IANVARIAS ERA / DCXVI (LO 88, n. 2).

57. Cfr. E. BOURQUE, *o.c.*, p. 145. Posiblemente estos penitentes comenzarían su acción penitencial el Miércoles de ceniza con la tonsura y el cilicio hasta el Viernes Santo en que tenía lugar la reconciliación (cfr. L. DUCHESNE, *Origines du culte chrétien* (Paris 1925⁵), pp. 456-457; E. BOURQUE, *o.c.*, p. 145, n. 2 y 4).

58. LO 100-105: XXXVII. *Oratio ad reconciliandum cum qui in heresi arriana baptizatus uferit*. XXXVIII. *Item manus impositio super eum qui de fide catholica in heresim baptizatus est*. XXXVIII. *Reconciliatio donatiste*. XL. *Oratio super converte iudeo*.

59. Aun sin entrar en el fondo de esta temática y como una primera aproximación, cabría pensar en un cierto denominador común que afectara a todas esas personas, y que podría ser su común condición de separados de la Iglesia. Unos, los penitentes, lo serían en razón de su excomunión previa a la reconciliación; otros, los herejes, cismáticos y judíos, lo serían en razón de sus diversas actitudes, que *de facto* los mantiene separados de la Iglesia.

60. J. FERNÁNDEZ ALONSO, *o.c.*, p. 536.

La celebración de la penitencia tenía lugar durante la Misa⁶¹. El *Liber Ordinum* nos ofrece dos formularios de Misa propios: *Ordo de Missa unius penitentis* y *Missa de penitentibus*⁶².

Se comenzaba el rito con una exhortación que el sacerdote dirigía al penitente, en la que destacaba el gran beneficio que suponía el perdón de los pecados y el celo que habría de tener para mantenerse fiel y poder alcanzar la vida eterna. Seguidamente cambiaba el vestido penitencial por otro nuevo y limpio, y se postraba ante el altar⁶³. A continuación se dice un responsorio o canto introductorio con una oración en la que se exalta la misericordia de Dios y se pide la remisión de los pecados del penitente. Después se incoa el salmo 50 a partir de la antífona: *Cor mundum crea in me, Deus*. Siguen dos oraciones en las que se pide el perdón y la reconciliación del penitente con la Iglesia. Luego viene el rito de la *benedictio*, precedido de una oración que introduce el Padre nuestro. Acto seguido tenía lugar la *benedictio*, propiamente dicha, con la imposición de manos, acompañada de la siguiente fórmula:

*Propitietur Dominus cunctis
iniquitatibus tuis et senet omnes languores tuos. Amen.*

*Redimat de interitu uitam tuam, et
satiety in bonis desiderium tuum. Amen.*

*Atque ita tibi Dominus cordi set corporis
medelam adtribuat, ut ipsi semper gratias referas.
Amen*⁶⁴.

61. *Concilio II de Sevilla*, can. 7; Vives, p. 168.

62. LO 351-359. Como sostiene J. Pinell en el *Liber Ordinum* hay que distinguir tres partes distintas. La primera sería propiamente el antiguo *Liber Ordinum*, que contiene los ritos del bautismo, las ordenaciones y bendiciones constitutivas, los ritos de la penitencia, la unción de enfermos, asistencia a los moribundos y ceremonias excequiales, los ritos de despedida y bienvenida del rey, rito del matrimonio y *benedictiones variae*. La segunda parte estaría formada posteriormente con la inclusión de los ritos particulares de la Semana Santa. Finalmente, una tercera parte reúne las misas votivas. Es probable que algunas de ellas estrechamente relacionadas con los ritos figuraran ya como apéndice en el *Liber Ordinum* más primitivo (J. PINELL, *Liturgia Hispánica*, en DHEE, II, p. 1316). Entre esas misas se pondrían las misas de los penitentes (D. BOROBIO, o.c., p. 92, n. 1).

63. La rúbrica del *ordo ad reconciliandum penitentem* dice expresamente: «Dum uenerit is qui a penitentia soluendus est, siue uir seu mulier, in loco competenti constitutus, instigatur a sacerdote, ut susceptum donum penitentie sic semper in sua retineat mente, ne ultra iam illi liceat secularia desideria repetere, et arta ista itinera conseruare: ut post uite huius exitum ad eternam uitam mereatur peruenire.

Deinde fixis genibus ante altare, indutus uestibus mundis religiosis, iacet in oratione, et dicitur hoc reponsorium» (LO 96-97).

64. LO 99. La fórmula es la misma que se emplea en el *ordo* para la penitencia de los enfermos (LO 91). Esta fórmula podría ser de origen galicano (cfr. J. JUNGSMANN, o.c., pp. 152-154).

Una vez dada la bendición el penitente se acerca a recibir la comunión.

Pero además de esta celebración, que se podía hacer en cualquier época del año, había otra que se tenía el Viernes Santo⁶⁵ y que se hacía con gran solemnidad y con participación de todo el pueblo cristiano se pedía el perdón y se reconciliaban los pecadores con la penitencia⁶⁶. Este oficio era considerado en sí mismo una purificación necesaria para toda la comunidad cristiana⁶⁷.

En el *Liber Ordinum* se nos describe la función litúrgica del modo siguiente: Por la mañana se hacía la procesión con el *Lignum Crucis* y su posterior adoración⁶⁸. A la hora de nona se congregaba de nuevo todo el clero y el pueblo en la Iglesia donde se guardaba la reliquia de la Santa Cruz y ante ella se comenzaba la Misa. Después de la lectura del Evangelio el obispo pronunciaba una homilía, que se interrumpía para cantar el responsorio: *Memento mei, Domine, dum ueneris in regnum tuum* y el salmo 50. Una vez terminada la homilía, se cantaba una antifona y tenía lugar el rito solemne de la *Indulgentia*, en el que el pueblo repetía hasta 72 veces dicha invocación. Seguían después tres oraciones *post indulgentias* y se terminaba con la oración *super penitentes*⁶⁹; luego continuaba la Misa hasta el final.

En cuanto a la forma concreta de realizarse el rito de reconciliación de los penitentes en esta solemnidad, el *Missale Mixtum* nos da algunos pormenores: Primeramente se hace una invitación para que oren los penitentes (*penitentes orate*), después el diácono enuncia la oración, sigue la petición de perdón de los penitentes, que repiten en unión con el clero y el pueblo la petición *Indulgentia*, 300 veces la primera vez, 200 la segunda y 100 la tercera y se canta el salmo 50

65. Esta ceremonia se celebró alguna vez el Jueves Santo, según el testimonio de una inscripción de Tarifa del 536 (cfr. J. VIVES, *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda* (Barcelona 1942), n. 142).

66. Nos lo atestigua el *Concilio IV de Toledo* (can. 7; Vives, p. 193) que trata de corregir la praxis de cerrar las Iglesias durante el Viernes Santo. Esta costumbre de cerrar las iglesias en esa fecha pudiera ser de importación romana (cfr. BRAULIO, *Ep.*, 14, 19-20; Madoz, p. 107).

67. J. PINELL, *o.c.*, p. 1314.

68. LO 194-199.

69. LO 199-204. Esta descripción del rito de la *Indulgentia* en el *Liber Ordinum*, difiere algún tanto de la que se expone en el *Missale Mixtum* (PL 85, 427-436). La razón de esa diferenciación hay que buscarla posiblemente en que el *Missale Mixtum* transmite la forma de celebración que se hacía según la llamada tradición B, que, al decir de Pinell, tiene su sede en Sevilla, mientras que el *Liber Ordinum* recoge la llamada tradición A, que tiene su sede en Toledo (cfr. J. PINELL, *o.c.*, pp. 1305-1306).

con una antifona. A continuación se levantan los penitentes y el obispo dice la oración introductoria del Padre nuestro. La fórmula de la reconciliación ⁷⁰ se haría antes de la comunión como en el caso de la reconciliación simple.

Mención aparte merece la reconciliación de los moribundos. El ceremonial litúrgico en estos casos no difiere demasiado del que hemos descrito en la celebración de la penitencia solemne. Sus peculiaridades vienen imperadas por la urgencia que crea el peligro de muerte ⁷¹.

La celebración del rito se describe someramente en el *Liber Ordinum*. Llegado el sacerdote a casa del enfermo procedía a su tonsura si era varón, después le hacía la señal de la cruz con ceniza ⁷². Aunque el *Liber* silencia el hecho, también debía tener lugar en ese momento la imposición de manos ⁷³. Acto seguido se rezaba un responsorio y se recitaba una oración impetratoria, y, a continuación, se hacía otro tanto con la primera parte del salmo 50. Luego se rezan tres oraciones y al final de la última se dice el Padre nuestro ⁷⁴. Aquí termina la primera parte de este acto litúrgico, quitándole el cilicio al penitente y apartándole de la comunión, si no hay peligro de muerte ⁷⁵. Esto es lo que se podría denominar rito de aceptación de la penitencia ⁷⁶. Pero, si hay peligro inmediato de muerte, la rúbrica dice que se cambie el vestido al penitente, se rece la segunda parte del salmo 50, se le reconcilie y se le dé la comunión ⁷⁷.

70. MM 427-436.

71. Cfr. F. J. LOZANO SEBASTIÁN, *o.c.*, p. 423.

72. LO 87-88: «Si egrotans quis penitentiam cupit accipere. ingrediens sacerdos in primis detondit eum. Deinde communicat. Post hec, cooperit de cilicio, et sic faciat crucem de cinere».

73. Cfr. *Concilio XI de Toledo*, can. 12; Vives, pp. 364-365; *Concilio XIII de Toledo*, can. 10; Vives, p. 246; *Caput de paenitentiae agenda*, pp. 91; 95; 97.

74. LO 89-91.

75. LO 91: «Consummata oratione Dominica, aufertur cilicium, et si spatium fuerit uiuendi suspenditur a comunione».

76. Cfr. JUNGMAN, *o.c.*, pp. 132-134.

77. LO 91: «Si uere mortis periculum instat, mutatis uestibus nitidis, recitatur aut canitur de psalmo Lº quod remansit cum hac antiphona, ab eo loco ubi dicit: *Redde mihi*, usque in finem».

Esta forma de reconciliación *in extremis* viene atestiguada, entre otros, por el clérigo Redemptor, que nos ha transmitido la recepción de este sacramento por Isidoro de Sevilla. Cuando el santo advirtió que se le acercaba la muerte hizo venir a sus hermanos en el episcopado, Juan y Aparicio. En la Iglesia de San Vicente Mártir, estando presentes el clero y el pueblo, los citados obispos le impusieron el cilicio y la ceniza, y, después de las oraciones del ritual, recibió de sus manos la comunión. Seguidamente pidió perdón a todos los presentes y al cuarto día de recibir la penitencia, después de repartir entre los pobres el dinero que le restaba, «en paz consumó la cura pastoral al mismo tiempo que la vida» (*Obitus B. Isidori a Redempto Clerigo recensitus*, PL 81, 30-32; cfr. F. J. LOZANO SEBASTIÁN, *San Isidoro de Sevilla. Teología del pecado y la conversión* (Burgos 1976), pp. 216-218).

También se hallaba en el citado *Liber* una oración especial para el caso de un enfermo joven, al que sólo se le daba el *viaticum*⁷⁸.

III. VALORACIÓN ECLESIOLÓGICA DE LA RECONCILIACIÓN

1. Del análisis de los ritos reconciliatorios y del contenido de las oraciones que les acompañan nos parece detectar un papel de máxima relevancia, protagonizado por la Iglesia⁷⁹.

Es cierto que quien perdona los pecados es únicamente Dios, y esta verdad insoslayable está siempre presente en las oraciones del rito penitencial hispánico. Las peticiones de perdón se dirigen principalmente a Dios expresando a la vez algunos de sus atributos, como su omnipotencia, su infinita misericordia, bondad, majestad, o clemencia⁸⁰. En algunas oraciones observamos que estas peticiones se dirigen a Dios Padre⁸¹, aunque se reconoce que quien otorga el perdón es Jesucristo que actualiza el misterio de la salvación en el momento de reconciliar al penitente⁸².

En ocasiones, se observa en la estructura de estas oraciones una fundamentación bíblica del perdón que se suplica, bien sea recurriendo a la mención de acontecimientos vetero-testamentarios que resaltan la misericordia de Dios hacia los pecadores, como sucede con el recuerdo del pecado de David o de los ninivitas⁸³, o también in-

78. LO 86-87. Respecto a los efectos derivados de la penitencia ver: J. FERNÁNDEZ ALONSO, *o.c.*, pp. 539-541. Si el enfermo recobraba la salud, después de recibir la penitencia, establecía el *Concilio I de Barcelona* (can. 8; Vives, p. 53) que, a excepción de la imposición de manos, debían llevar una vida de penitencia, apartados de la comunión, hasta tanto su obispo tuviera su vida como buena (cfr. D. BOROBIO, *o.c.*, pp. 112-113).

79. Una visión más amplia sobre la Iglesia en la Liturgia hispánica nos la ofrece A. PASCUAL PÉREZ, *La imagen de la Iglesia en la Liturgia española* (Madrid 1971).

80. LO 90-92; 97-98; 357.

81. LO 98; 357-358.

82. Esto se reconoce abiertamente y de un modo genérico, como formando parte de la redención conseguida por Jesucristo. Así lo encontramos en la *oratio*, que introduce el Padre nuestro, del *ordo ad reconciliandum penitentem* en LO 99: «Ab occultis nostris munda nos, Domine, et ab alienis parce servus tuis: ut digne tibi dicere mereamur orationem, quam Dominus noster Ihesus Christus Filius tuus, absolutionem ad criminum et remissionem omnium peccatorum, ad reconciliandas animas superbientium, et purificationem omnium delictorum, ad suspendenda flagella iustorum iudiciorum, ad consolationem peregrinationis nostre, sacro ore constituit clamare et dicere: Pater». Y esto mismo se advierte, aunque de modo más preciso, cuando se dice de un penitente, «quem hodierna die Dominus Ihesus Christus in gremio Sancte Ecclesie sue reconciliare dignatus est» (LO 100).

83. LO 97.

vocando algunas parábolas evangélicas, como la de la oveja perdida, del hijo pródigo y la de la oración del publicano⁸⁴, o finalmente, con una simple alusión *ad sensum* de un pasaje escriturístico⁸⁵.

En esa misma estructura racional no faltan los argumentos basados en las propias acciones penitenciales que previamente ha realizado el penitente, como son: la confesión de los pecados⁸⁶ y las obras satisfactorias, como las *lacrimas et gemitus cordis*⁸⁷, *vox lamentationis*⁸⁸, etc. Amén del cilicio y la ceniza que se mencionan expresamente en el propio rito reconciliatorio⁸⁹.

Ahora bien, no hay que olvidar que todas estas oraciones tienen su lugar propio en el seno de la Iglesia, y son, por tanto, intraeclesiales. Y que, además, es la misma Iglesia la que pronuncia esas oraciones y realiza los signos sacramentales por medio de sus sacerdotes. A esta praxis litúrgica, que puede ser común a otros ritos⁹⁰, es preciso añadir, en el caso de la liturgia hispánica, una mayor acentuación del testimonio comunitario, sobre todo en la celebración solemne de la reconciliación el Viernes Santo, y en la que participaba toda la comunidad cristiana. Todo el pueblo cristiano se sentía pecador, tanto los penitentes, como el resto de los fieles que no lo eran⁹¹. Los penitentes eran reconciliados al término del oficio de la *Indulgentia*, y ese oficio era considerado asimismo —como sostiene un autor— como una purificación necesaria para toda la comunidad cristiana⁹².

2. Otra característica que ponen de manifiesto los ritos de la reconciliación hispánica es la enorme claridad con que se expresa el hecho de la reconciliación con la Iglesia. Como es sabido, en la penitencia antigua el penitente quedaba excluido de la comunión con

84. LO 91; 98-99.

85. Así, por ejemplo, lo hallamos en una *oratio* del *ordo ad reconciliandum penitentem*, cuando al hablar de la misericordia de Dios se dice: «qui neminem perire cupis». Esta expresión nos hace pensar en un cierto paralelismo con Ez 33,11.

86. LO 92.

87. LO 91.

88. LO 354.

89. LO 88.

90. Bástenos citar, como simple punto de referencia, la Liturgia romana que celebra la reconciliación de los penitentes el Jueves Santo (cfr. *Sacramentarium Gelasianum*; Mohlberg, I, 38; pp. 56-60).

91. Cfr. J. FERNÁNDEZ ALONSO, *o.c.*, p. 559. En este sentido se pronuncia PACIANO, *Ep.*, 3, XX, 4; Rubio, p. 122; *Id.*, *Paraenesis* X, 6; Rubio, p. 154. Con gran belleza y fuerza expresiva lo afirma la *oratio* siguiente: «Sit de eius conuersationes gaudium angelorum, ut de eius salute confusus doleat inimicus. Atque eo nostras propitiatus adtendas lacrimas, tuoque reconciliatus altari de reparatione eius mater sancta letetur Ecclesia» (LO 97-98).

92. Cfr. J. PINNELL, *o.c.*, p. 1314.

la Iglesia, y, por ello, la *reconciliatio* tenía también esta significación de vuelta a entrar en la comunión de la Iglesia, al ser perdonados sus pecados que fueron la causa de dicha separación.

Esta reinsertión plena en la *Communio Ecclesiae* se pone de relieve en diversos lugares del *Liber Ordinum*, en los que se pide esa vuelta a la comunión con la Iglesia. Sirvanos de punto de referencia la *Inlatio* de la *Missa de penitentibus*, en donde se pide a Dios Padre por medio de Jesucristo: *ut hos famulos tuos Illos, ad te de erumnis huius seculi reuertentes «in gremio Ecclesie suscipere digneris propitius»*⁹³.

La nueva entrada en la comunión de la Iglesia, tenía lugar en el marco de la celebración eucarística. Consideramos importante esta relación intersacramental entre la penitencia y la eucaristía, aunque también hayamos encontrado en nuestros textos litúrgicos alguna relación entre la penitencia y el bautismo⁹⁴. Pero podemos decir algo más, la plenitud de esta reincorporación a la Iglesia comporta la recepción de la eucaristía. Diríamos que se da como una especie de *vis attractiva* en el penitente y en la Iglesia que impulsa hacia la comunión eucarística⁹⁵.

Por otra parte, la vía sacramental de la penitencia restablece la comunión del penitente con la totalidad del Cuerpo Místico de Cristo, es decir, *caput et membris*. Por tanto, es perfectamente razonable que el penitente reconciliado manifieste también por el signo sacramental su comunión con Cristo y su Iglesia.

A mayor abundamiento no hay que olvidar que el Misterio Redentor de Cristo se reactualiza en la Santa Misa, y por consiguiente, los efectos soteriológicos que se derivan del Sacrificio redentor del Calvario se hacen presentes en el penitente que participa de la comunión eucarística, es decir, el penitente al recibir el perdón de sus pecados por la acción sacramental de la penitencia, está en condiciones

93. LO 357. El entrecomillado es nuestro. En otras oraciones del mismo *Liber* se expresa también la misma idea (cfr. LO 92; 100; 354).

94. La consideración de la penitencia como segundo bautismo, o segunda tabla de salvación —en terminología origeniana— se expresa igualmente en nuestra Liturgia (cfr. LO 98). La penitencia viene a ser como una repristinación del bautismo (cfr. LO 357; ISIDORO DE SEVILLA, *Etym.*, VI, 19, 74; Lindsay, I).

95. Es significativa a este respecto la siguiente *oratio* del *ordo ad reconciliandum penitentem*: «Ignosce, Domine, lapsis et confitentibus tibi dimitte peccata, qui tuis sacris altaribus militant, et de sua desertione suspirant. In tantum enim se perisse non credunt, qui in te penitendo confidunt: et ideo reuertentes ad altare tuum quicquid perdiderunt, te propiciante recognoscant» (LO 99-100). La Iglesia es consciente de esa disposición del penitente cuando dice: «Introduc eum, Domine, ad tuum conuiuuium sanctum, pro quo mactasti uitululum saginatum. Non remaneat ultra famelicus ab altaris sacris dapibus separatus» (LO 99).

de tener una más plena participación de los efectos salvíficos que se derivan del Sacrificio de la Cruz a través de la eucaristía, que además connota también un sentido escatológico, puesto que la eucaristía es prenda de futura inmortalidad⁹⁶.

3. Desearíamos también llamar la atención sobre otro aspecto que se inscribe en la liturgia de un modo habitual, pero que en la reconciliación hispánica tiene muestras muy expresivas. Nos estamos refiriendo a la perfecta armonía que se observa entre el elemento comunitario y el elemento personal individualizado en los actos penitenciales de nuestra liturgia.

Ya hemos señalado anteriormente la presencia y la actuación de la Iglesia en el rito de la *reconciliatio*, con una participación de toda la comunidad cristiana, pero al mismo tiempo quisiéramos afirmar igualmente la presencia de acciones personales, que tienen la característica de ser individuales. Podemos empezar por la misma acción de Cristo que perdona: la hace el propio Cristo, pero a través de sus ministros, que son *in concreto* el obispo o el presbítero oficiante⁹⁷. A la vez, y simultáneamente constatamos la presencia y actuación del penitente, que ha confesado su culpa y ha realizado determinadas obras de satisfacción penitencial, así como ha realizado también una precisa participación en el rito reconciliador.

Se puede decir que existe un perfecto acoplamiento de estos dos elementos en el modo de llevarse a cabo la ceremonia de la *reconciliatio* en el *Liber Ordinum*. Como ya hemos visto se contemplan en este *Liber* diversos supuestos: reconciliación de un moribundo⁹⁸, del penitente en circunstancias normales⁹⁹, así como el *ordo de Missa unius penitentis*¹⁰⁰. Cabría decir que aflora en todos estos supuestos una preocupación maternal de la Iglesia por el penitente que se reconcilia. Y esto se aprecia no ya por el singular que emplea en esas oraciones al dirigirse al penitente, sino también por despertar la conciencia del pecador arrepentido que llega al máximo de plenitud

96. *Oratio del ordo ad reconciliandum penitentem*: «Concedeque ei, Domine Deus noster, ab hodierno die sancto tuo altario adherere, ut liceat ei deinceps sacrificia laudum per manus sacerdotum tuorum sincera mente offerre, et ad cibum mense tue celestis accedere; nec sinas eum ulterius a tua veritate ac monitis mandatorum oberrare: ut consequantur pacem, immortalitatis gratiam mereatur accipere» (LO 98). En esta misma línea se pueden inscribir, LO 356 y 358.

97. LO 87; 89-92; 352-359.

98. LO 87-92.

99. LO 96-100.

100. LO 351-355.

de comunión con la Iglesia cuando recibe el Cuerpo de Cristo en la eucaristía.

Esta misma preocupación maternal de la Iglesia se exterioriza de una manera muy significativa en la exhortación o advertencia que dirige el sacerdote a quien ya ha recibido la penitencia. En esta admonición se insta al penitente para que ponga los medios oportunos a fin de evitar la reincidencia en el pecado, exhortándole a vivir de un modo casto, justo, honesto y sobrio, de manera que ponga especial cuidado en evitar la concupiscencia de los ojos, los malos pensamientos y las conversaciones deshonestas; a la vez que le da una regla de oro: lo que no quieras que otro te haga, tú no lo hagas a otro¹⁰¹. También aquí confluyen una atención pastoral individualizada entre sacerdote y penitente con una presencia ostensible de la comunidad representada por los fieles que asisten al acto y participan en el rito.

Análogas consideraciones podríamos hacer de la *benedictio* o fórmula absolutoria¹⁰².

En resumen, podríamos afirmar que la reconciliación del penitente se inscribe dentro de un marco y de una actuación eclesial en la que se manifiesta la Iglesia tal y como es. Es decir, aparece como sacramento de salvación para unos hombres concretos que han pecado y esta realidad se hace patente por medio de la liturgia penitencial, que en el momento de la reconciliación aglutina en perfecta síntesis al sacerdote, al penitente y a la comunidad cristiana mediante los signos sacramentales.

CONCLUSIONES

1. Desde los comienzos del latín cristiano observamos una sig-

101. LO 92-93: *Castigatio sacerdotis ad eum qui iam penitentiam accepit*: «Hec secundum petitionem tuam data est tibi penitentia; et ideo moneo te, ut quamdiu in corpore isto uiueris, et peccare iam caueas, et propter preterita peccata timere, lugere et flere non desinas, et perpetrata mala plangere, et plangenda non perpetrare. Sed stude, ergo, amodo caste, et iuste, honeste et sobrie, et pie, et temporanter in seculo uiuere. Caue omnem impudicum sermonem et operam. Nullis seculi causis te admisceas: nilil temporale desideres: esto iam uelut mortuus huic mundo. Custodi temetipsum ab omni lasciuiua lingue, et ab omni prauae cogitationis errore. Quicquid tibi uis alter ut faciat tibi, nec tu facias alteri. Hoc quod dico fac: cogita de temetipso. Si enim hoc custodire noleris, et in te habebis gaudium, et feliciter uenies ad regnum celorum. Amén».

102. Vid. supra el texto que se corresponde con la n. 64.

nificación muy expresiva del verbo *reconciliare* y del sustantivo *reconciliatio* referidos a un contexto penitencial de remisión de los pecados.

En el vocabulario del *Liber Ordinum* el sentido de *reconciliare* es inequívocamente penitencial y sacramental, y se utiliza tanto para significar el rito de la reconciliación, como el efecto de conseguir el perdón de los pecados y su reincorporación a la Iglesia. En esta misma línea hemos de situar el testimonio de Isidoro cuando nos da en sus Etimologías la definición de *reconciliatio*.

También nos ha parecido muy esclarecedor el sintagma *perfecta reconciliatio* del *Tratado visigótico sobre la penitencia*, para significar la recepción de la eucaristía.

2. Tanto del ritual de la celebración penitencial como del contenido de sus oraciones emerge toda una actualización del Misterio salvífico de Cristo, que se concreta, a través de la Iglesia, hasta llegar al cristiano penitente con el fin de facilitarle el perdón de sus pecados por una vía sacramental.

Jesucristo con su muerte y resurrección hace posible que la Iglesia se convierta en una nueva arca de salvación y en un medio de santificación universal. Pero no hemos de olvidar la estrecha unión de Cristo con su Iglesia, o quizás más exactamente, la unión de la Iglesia a Cristo, que la configura como sacramento de salvación para todos, pero que se actualiza y concreta, como tal, cuando el cristiano pecador acepta recibir ese don salvífico a través del signo sacramental.

Esta unión estrecha entre Cristo y su Iglesia se hace todavía más expresiva en el penitente que se reconcilia, puesto que al reconciliarse con la Iglesia lo hace en el marco de una celebración eucarística y alcanza su grado de máxima plenitud en el momento de recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor en la comunión.

3. La Iglesia se hace presente y actuante a lo largo de todo el rito reconciliatorio de la penitencia. Así nos lo han testificado las rúbricas y las oraciones de los libros litúrgicos que hemos examinado. La Iglesia se nos muestra en una activa movilización en favor de los penitentes: En primer lugar Cristo, Cabeza de la Iglesia, que actúa concediendo el perdón de los pecados. Después están los obispos y sacerdotes, que tienen una parte tan decisiva en la realización de los signos sacramentales. Por último, hay que contar, además, con el resto del pueblo cristiano, que desempeña también un papel propio, orante y penitente, acompañando al pecador arrepentido en las diver-

sas etapas de la *reconciliatio*. Podemos, por tanto, afirmar que se da una profunda solidaridad entre los distintos componentes de la comunidad cristiana con respecto al cristiano penitente. Esta solidaridad constituye para quien ha recibido la penitencia un estímulo y una ayuda para poder afrontar las exigencias de la nueva vida inaugurada tras la *reconciliatio*.

Finalmente, destaquemos el modo con que la Iglesia lleva a cabo esta tarea liberadora del pecado. Hemos advertido una preocupación maternal que atiende primordialmente a la salvación del pecador, y que, por ello, se materializa en fórmulas sacramentales que atienden a la individualidad de cada penitente, facilitando la manifestación del arrepentimiento y del dolor de los pecados, y dando una visión esperanzada de alcanzar la salvación definitiva con la ayuda de Cristo y la intercesión de los hermanos.

